

ella al presente, ¿ cuándo pensareis, ¿ quién pensará jamás en ella por vosotros? ; Dichoso el que no espera á pensar en ella quando no es tiempo! ; Dichoso el que piensa en ella en la vida ! Asi, la muerte que es castigo del pecado, será para nosotros su remedio. Entró en el mundo por el pecado; pero si la consideramos como los Santos, si pensamos como los Santos en ella, no hará entrar como á ellos por medio de la gracia en la eternidad bienaventurada, que es desseo, &c.

OTRO

OTRO  
SERMON

PARA EL MIERCOLES DE CENIZA.

*Sobre la ceremonia de las Cenizas.*

*Pulvis es, & in pulverem revertetur.*

*Polvooeres, y en polvo te has de convertir. En el Genes. cap. 3. v. 19.*

SEÑOR

Estas palabras memorables dixo Dios al hombre en el caso de su desobediencia, y estas son las que la Iglesia dirige en particular á cada uno de nosotros por boca de sus Ministros este dia. Son palabras de maldicion en el sentido en que las pronunció la Magestad de Dios; pero son palabras de gracia y de salvación segun el fin que la Iglesia se propone, quando nos obliga á que las oigamos. Palabras terribles y fulminantes para un pecador, pues le intimaron el decreto de su condenacion; pero palabras dulces y llenas de consuelo para un pecador arrependido, pues le enseñan el camino de convertirse y justificarse. Asi (como repara San Juan Chrisostomo) lo ha estilado el mismo Dios muchas veces, y se ha servido de un mismo medio, yá para imprimir en los hombres el terror de sus juicios, yá para hacer que experimenten la eficacia de sus misericordias.

No sé, Christianos, si habeis hecho alguna vez reflexion sobre lo que leemos en el libro del Exodo. Oidlo, y tendreis la aplicacion por natural, pues viene perfectamente á mi asunto. Quando quiso Dios castigar á Egipto, le mandó á Moysés tomar en la mano un puñado de ceniza, y que en presencia de Faraon la esparciese sobre todo el pueblo: *Tollite manus plenas cineris, & spargat illum Moyses coram Pharaone.* (a) Añade la Escritura, que esta ceniza esparcida de esta suerte, fue como la materia de que formó Dios los azotes que affligieron toda la tierra de Egipto, y causaron en ella una desolacion tan general: *Sitque pulvis super universam terram Egypti.* A juzgar por las apariencias, esto mismo manda Dios el día de hoy á los Ministros de la Iglesia. Quiere que los Sacerdotes de la ley de gracia, como dispensadores de sus mysterios, tomen la ceniza del Altar, y que la esparzan con solemnidad sobre todo el pueblo Christiano: *Tollite manus plenas cineris;* pero en la intencion de Dios el efecto de esta ceremonia es muy diferente respecto del pueblo Christiano del que obró en la ley antigua. Moysés y Aaron esparcieron la ceniza sobre los Egypcios para hacer que sintiesen el peso de la indignacion de Dios, para dar á entender á Faraon que estaba reprobado de Dios, y para domar la impiedad y obstinacion de este Monarca, entregado desde entonces á la venganza de Dios: pero los Sacerdotes de la nueva ley, con una conducta del todo opuesta, esparcen el día de hoy la ceniza sobre nuestras cabezas para atraernos las gracias y los favores del mismo Dios; para ponernos en estado, y hacernos capaces de experimentar su bondad, y para excitar en nuestros corazones los afectos de una verdadera penitencia. Esto es lo que intento haceros ver, y por donde comienzo á cumplir con vosotros la obligacion del ministerio que Dios me ha encomendado, y que debo cumplir todo este santo tiempo de la Quaresma.

(a) Exod. 9. v. 8.

Vosotros, hermanos míos, (\*) que al fin por la misericordia de Dios habeis dexado el cisma por reuniros á la Iglesia: Vosotros por cuya causa he sido particularmente enviado, y os miro aqui como principal asunto de mi zelo (y plegue al Cielo que pueda llamaros algun dia mi gozo y mi corona; *gaudium meum; & corona mea*) (a): Aprended digo, vosotros, nueva conquista de la gracia de Jesu-Christo, á respetar una de las mas piadosas ceremonias que práctica la Iglesia Catholica, á cuyo seno os habeis restituido. Hay otras mas esenciales en ella; pero sin hablar de las demás, ó para hacer juicio por esta de las otras, ¿ cómo ha podido condenarla la heregia, quando el mismo autor de esta fatal diversion en que estuvisteis infelizmente empeñados, reconoce que las ceremonias pueden ayudar á la piedad de los fieles; que no solamente es bueno sino necesario observar algunas; que por no estar ya baxo de la ley de Moysés, no es preciso destruirlas todas; que es justo dar á entender por señales exteriores los afectos interiores del corazon; y que quitar todo lo que se llama ceremonia, es introducir en el rebaño de Jesu-Christo una monstruosa confusion? Pues entre todas las ceremonias ¿ cuál debió menos desagradar á la secta Protestante que la de las cenizas? ¿ Tiene algun viso de supersticion? ¿ Tiene algo que no esté autorizado por la Escritura? ¿ Qué memoria mas provechosa que la de nuestra flaqueza y nuestra nada? ¿ Pues no es esta lo que la ceniza nos pone á los ojos? Pero esta ceremonia, cuya simplicidad y santidad debian servir de edificacion, ha servido de escandalo á esos Ministros que os han gobernado. La han reprobado, y han hecho que la reprobeis como ellos, ó porque no la entendian bien, ó porque no os la daban á entender á vosotros. Pero olvidemos de lo pasado, y demos gracias á Dios por lo presente. Démoselas tambien

(\*) Envió el Rey al P. Burdaloue á Mompeller por los nuevamente convertidos, para que predicase allí la Quaresma.

(a) 4. Philip. v. 2. hallacion de la alabanza de Dios, y de la gloria de su nombre.



adelantadas por lo venidero, pues nos promete el cábal cumplimiento de esta grande obra que el Señor ha comenzado. Todos nosotros nos uniremos, todos de un acuerdo conspiraremos para mantenerla, para perfeccionarla, y hacer que sea cumplida. Seame licito hacer aqui publica y solemnemente este voto: no será en vano. Si, mi Dios; vuestra obra será consumada, y glorificada. vuestro nombre, observada vuestra ley, reconocida vuestra Iglesia. Vos derramaréis en mis oyentes las mas copiosas gracias: las derramaréis sobre mí, y ellas darán eficacia á mis palabras. A este fin recurro tambien á Maria, y la digo con el Angel: AVE, MARIA.

No basta para la fé creer con el corazon, si no se confiesa con la boca: esto nos declaró con expresos terminos San Pablo: y yo añado, que no basta para la penitencia tener un corazon contrito y humillado, si al mismo tiempo no ofrece el pecador á Dios como sacrificio una carne mortificada y crucificada con sus deseos estragados. Esta es, dice San Gregorio Papa, la obligacion de todo hombre, pues hallandose compuesto de alma y cuerpo, de un alma espiritual y celestial, y de un cuerpo terrestre y material, debe honrar á Dios con uno y otro, si quiere tributar á Dios aquel culto racional en que consiste la integridad de la Religion.

Excelente principio que desde luego supongo, y de él infiero que la penitencia christiana tomada en toda su extension es un sacrificio doblado que Dios nos pide. Sacrificio del espíritu, y sacrificio del cuerpo: sacrificio del espíritu por la humildad y la compuncion; y sacrificio del cuerpo por la austeridad exterior de la satisfaccion: sacrificio del espíritu, sin el qual (como enseña el Doctor de las Gentes) de nada sirve ó casi nada el sacrificio del cuerpo: ni puede jamas aplacarse á Dios; y sacrificio del cuerpo sin el qual el sacrificio del espíritu no es muchas veces en los ojos de Dios sino una ilusion y un fantasma. De suerte que la union de estos dos sacrificios es absolutamente necesaria para hacer perfecto el holocausto de que voy hablando, y de ella depende la reconciliacion perfecta del pecador con Dios.

Si.

Sigo este pensamiento, que me conduce naturalmente á mi asunto; y porque estos dos sacrificios que debe ofrecer á Dios la penitencia hallan en nosotros dos grandes estorbos, el primero el espíritu de la soberbia; el segundo el espíritu de la delicadeza: el espíritu de soberbia incompatible con la humildad de la penitencia; el espíritu de delicadeza esencialmente opuesto á la austeridad de la penitencia: quiero (por no decirlo el dia de hoy cosa que no sea útil y práctica) enseñaros á que los venzais con la memoria de la muerte que la Iglesia nos pone á los ojos con la ceremonia de las cenizas. Este es todo el desigño de este discurso, que reduzco á dos proposiciones. Es necesario destruir delante de Dios con una penitencia sólida y humilde la soberbia de nuestros espíritus; y á esto nos obliga la vista de estas cenizas, que son para nosotros las señales, y como los symbols de la muerte: este será el primer punto. Es menester sacrificar á Dios con una penitencia generosamente austera la delicadeza y floxedad de nuestros cuerpos; y á esto nos empeña la imposicion de estas cenizas, que nos anuncian, ó por mejor decir, nos hacen desde luego sentir la necesidad inevitable de la muerte: este será el segundo punto. Humillacion del espíritu baxo el yugo de la penitencia; mortificacion de la carne en el exercicio de la penitencia; dos frutos del uso santo que debemos hacer de estas cenizas consagradas con la bendicion de los Sacerdotes, y de la memoria de la muerte á que nos llama una ceremonia de tanta eficacia. Dadme vuestra atencion.

Como es de fé, que el primer pecado del hombre fue la soberbia, y que ella es el origen y principio de todos los pecados, *initium omnis peccati est superbia*; (a) no hay que espantarse de que esta misma soberbia sea un estorbo principal para conseguir el fin de la penitencia.

(a) Eclesi. v. 15. el principio de todos los pecados es la soberbia.

cipal de la penitencia, que estableció Dios para remedio del pecado. Explicome. Si el hombre, perseverando en el feliz estado en que Dios le crió, se hubiera quedado en los terminos de aquella humildad que le era como natural, (pues la humildad no es sino un perfecto conocimiento de sí mismo) por mas ventajas que hubiera corrido de la naturaleza ó de la gracia, jamás hubiera corrido el riesgo de abusar de ellas en perjuicio de lo que debía á Dios; y si en el instante que faltamos á la ley de Dios, hicieramos reflexion sobre nosotros mismos, bastara conocernos á nosotros para volver á entrar en nuestro deber, y ponernos en estado de satisfacer á Dios. Pero este espíritu de penitencia y de justicia, que nos incita á reparar las ofensas de Dios, se halla en nosotros combatido por otro espíritu contrario, que es el de la soberbia; y como al pecar nos rebelamos contra este legislador soberano, despues de haber pecado sentimos una secreta oposicion á darle la justa satisfaccion que se le debe.

¿Pues qué remedio, Christianos? El que la Iglesia nos propone en la ceremonia de este dia, obligandonos á que nos acordemos de lo que somos, para corregir nuestra vanidad con nuestra misma vanidad, como dice San Agustin. Porque es menester, dice este Doctor grande, de tiempo en tiempo hacer que el hombre suba hasta su origen, y forzarle á su pesar con la consideracion de sus miserias, y de su flaqueza, y de su nada, á dexar las ideas presuntuosas y vanas que tiene de sí mismo, las quales haciendo que no se humille, hacen tambien que no se convierta. Pues esto es lo que hace el pensamiento de la muerte. Quando un hombre sin calidad y sin nacimiento, y no obstante elevado á una gran fortuna, y colmado de bienes y de honras, llega á ensoberbecerse, el medio de reprimir su soberbia es poner delante de los ojos la obscuridad y baxeza de su origen. No teneis porque ensoberbeceros, se le dice, porque se sabe lo que sois, y el linage de que descendéis. Esto solo basta para confundirle, y para inspirarle afectos de modestia. Pero si sobre eso, con una vista anticipada de lo por venir, se le pudiera mostrar lo que le habia de suceder

der muy presto; si se le pudiera decir, y eso con certeza: Vivid con cuidado; por grande que seais, estais á punto de vuestra ruina; una desgracia de que estais amenazado, y no la habeis de evitar, está para reducir á ser lo que erais en vuestra primera suerte. Si se le pudiera (digo) hablar así, de suerte que se le hiciese conocer la verdad de lo que se le anunciaba, sin duda que esta vista hiciera mayor impresion en él. Si estuviera penetrado de este pensamiento, *yá no me queda esperanza, y estoy á punto de perderme*, fuera tratado y humano; no diera lugar á que se viese arrogancia ni altivez en su porte; se desvaneciera en un punto aquella hinchazon de espíritu, que la prosperidad y la elevacion le causaban; ¿Por qué? Porque no mirara su fortuna, sino como la altura del precipicio en que vá á dar; y en lugar de desalumbrarse con lo que es, gimiera al conocer en lo que vá á parar.

Pues esta duplicada vista de lo que fuimos, y de lo que hemos de ser, es justamente, amados oyentes míos, de la que se vale el dia de hoy la Iglesia para hacernos vivir con humildad y sumision á los ojos de Dios. El hombre, dice la Escritura, estaba en la honra y en la gloria á que Dios por la creacion le habia elevado, pero en medio de su gloria se desconoció á sí mismo: *Homo cum in honore esset, non intellexit*. Este olvido de sí mismo por consecuencia necesaria le llevó hasta el olvido, y aun hasta el desprecio de Dios. ¿Qué hace la Iglesia? Para restablecer en nosotros este respeto y temor de Dios, que perdemos por el pecado, y debe ser el fundamento de la penitencia, nos empeña, ó por mejor decir nos obliga á tener sentimientos de desprecio propio, dirigiendonos estas palabras: *Memento homo, quia pulvis es; & in pulverem reverteris*: como si dixera: ¿por qué siendo un hombre mortal os habeis de atribuir una chymérica y fantástica grandeza? Acordaos de lo que erais pocos años há, quando Dios con su omnipotencia os sacó del polvo y de la nada. Acordaos de lo que habeis de ser dentro de pocos años, en habiendose pasado el corto numero de los dias que os quedan por vivir. Estos dos terminos, á pesar vuestro,



deben servir de raya á vuestra soberbia. Discurrid quanto gustáreis sobre estos dos principios, jamás sacaréis sino una consecuencia que no solamente os humille; sino que os acuerde de vuestra obligacion, si habeis estado tan ciego y tan sin juicio, que os hayais desviado de ella. Esta es, digo otra vez, la leccion importante y provechosa que la Iglesia como madre sábia da á todos sus hijos.

Pero examinemos mas en particular el modo con que procede, y todas las circunstancias de esta ceremonia de las Cenizas, que en este santo dia observa. Todas ellas sirven para in-truarnos, y se encaminan a estos dos fines, de abatir nuestra altivez, y disponernos á la penitencia. En efecto, para abatir nuestra altivez nos pone á la vista las Cenizas, y hace que se nos pongan en la cabeza. ¿Por qué cenizas? Porque ninguna cosa, dice San Ambrosio, nos dá á conocer mejor lo que es la muerte, y la extrema humillacion á que nos reduce, que el polvo y la ceniza. Sí; estas Cenizas que recibimos postrados á los pies de los Ministros del Señor; estas Cenizas, cuya bendicion (segun el pensamiento de San Gregorio Niseno) son en este dia como el mysterio, ó si os parece, como el Sacramento de nuestra mortalidad, y por consiguiente de nuestra humildad, si las consideramos bien; incluyen alguna cosa mas eficaz que quantos discursos hay en el mundo, para humillarnos como hombres, y para revestirnos como pecadores de los afectos de una conversion perfecta, y volvernos á Dios sinceramente. Porque nos enseñan lo que por ventura no quisieramos saber, y lo que todos los dias procuramos olvidar. Pero infelices de nosotros, si alguna vez cayéremos, ó en ignorancia tan lamentable, ó en un olvido tan funesto.

Nos enseñan que todas estas grandezas de que se gloria el mundo, y la soberbia de los hombres se alimenta; que este nacimiento de que se jacta, este credito de que se precia, esta autoridad que le hace tan altivo, estos buenos sucesos de que se alaba, estos bienes de que se dá el parabien, estas dignidades y cargas de donde saca sus conveniencias, esta hermosura, este valor, esta reputacion que

ido-

idolátra; todo esto, á pesar de nuestras preocupaciones y engaños, no es mas que vanidad y mentira. Porque si voy á ver el sepulcro de un Grande de la tierra, y examino su epitafio, no veo en él sino elogios, títulos especiosos, calidades excelentes, empleos honrosos: allí se muestra con terminos pomposos y magnificos todo lo que fue, y todo lo que hizo. Esto parece por defuera. Pero ábrase ese sepulcro, permitaseme ver lo que encierra: no encuentro en él sino un cadaver horroroso, un monton de huesos podridos y secos, unas pocas cenizas, que parece que reviven para decirme: *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem reverteris.*

Nos enseñan que somos muy injustos, quando á qualquier precio, y muchas veces contra la orden de la providencia queremos sobresalir en el mundo, y hacer en él ciertos papeles, que no sirven sino para lisonjear nuestra vanidad: que estas preeminencias que pleyteamos con tanto calor, estos derechos que nos atribuimos, estos puntos de honra en que tan porfiadamente insistimos, estas singularidades que afectamos, estos ayres de dominio de que nos revestimos, estas altivezes con que nos portamos, estos obsequios y atenciones porque executamos á otros son otras tantas usurpaciones que hace nuestra soberbia, persuadiendonos como al Fariseo del Evangelio, que no somos como los demás hombres: error de que la ceniza á que la muerte nos reduce nos desengaña bien, con la igualdad que pone en todas suertes de condiciones, ó por mejor decir con destruirlas todas. Porque mirad (dice San Agustín eloquientemente en el libro de la naturaleza y la gracia) mirad si entre las reliquias del sepulcro podreis distinguir al pobre del rico, al pechero del noble, al flaco del fuerte. Mirad si las cenizas de los Soberanos y Monarcas son en él diferentes de las de los vasallos. Ah! que el vasallo y el Rey allí son una misma cosa. Y esta fue la gran respuesta que dió un Filósofo á un afamado vencedor, quando preguntado, por qué estaba contemplando los huesos de los difuntos amontonados unos sobre otros, respondió: Pretendo, Señor, discernir entre estos huesos

al Rey nuestro Padre; le he buscado entre ellos, pero inutilmente; porque sus cenizas mezcladas con las del pueblo no tienen señal alguna de distincion por la qual las pueda reconocer. Palabras de que el hombre, aun que Paganos, no dexó de edificarse, y vienen bien á lo que se nos dice el día de hoy: *Memento homo, quia pulvis es & in pulverem revertetur.*

Nos enseñan que á pesar de los designios vastos que traza el ambicioso de establecerse, de engrandecerse, de elevarse, de subir continuamente sin decir jamás, *esto basta*; la muerte con un triste destino le reducirá muy en breve á las estrechuras de siete pies de tierra; demasiado es esto á un puñado de cenizas. En esto paran todos nuestros designios, todas nuestras empresas, todas nuestras pretensiones, todas nuestras trazas; en una palabra, todas nuestras fortunas y grandezas, quando paran todos nuestros cuerpos en aquella ultima resolucion que se hace en la sepultura, se estrechan, y se desminuyen casi hasta resolverse en nada: *Ecce vix totam Hercules implevi turnam*; Qué mudanza, decia un sabio aunque del mundo, al ver la urna sepulcral en que las cenizas de Hercules se guardaban! Este Hercules, este Héroe que no cabia en la tierra, está aqui todo entero, y apenas tiene con que llenar esta urna. Esta es la reflexion que nos hace la Iglesia el día de hoy mucho mas santa y eficazmente, quando nos dice: *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem revertetur.*

Nos enseñan que la muerte no solamente destruirá esta fantasma de grandeza y de fortuna en cuyo seguimiento corremos, sino que nuestra misma memoria perecerá; que no se hablará mas de nosotros; que no se pensará mas en nosotros; que habrá consuelo en nuestra pérdida; que para alguno será materia de alegría; que nuestros parientes serán los primeros que nos olvidarán; que los amigos en que tenemos nuestra confianza se cansarán muy presto de llorarnos; que la tibieza de los unos, y la ingratitud de los otros borrará en pocos días la memoria de los buenos oficios que los hemos hecho; que todo quanto hubieremos hecho poniendo la mira en otra cosa que en Dios, será se-

mejante al polvo que se lleva el viento; porque así lo concebía Job: *Memoria vestra comparabitur cineri.* (a) Así lo daba á entender el mismo Dios, quando le decia á aquel Rey impio por boca de Ezequiel: *Dabo te in cinerem*, (b) yo te reduciré á polvo; y estas acciones ruidosas, por las quales te prometias en la memoria de los hombres una especie de inmortalidad, se desvanecerán y se desharán como la ceniza. En efecto, Christianos, este es el symbolo verdadero de aquella gloria falsa que tan ardentemente deseamos, pues es cierto que tiene todas las propiedades de la ceniza; es vil como la ceniza, leve, inutil y esteril como ella; y quando llegáramos á poseer toda aquella á que puede aspirar nuestra vanidad, lo qual jamás llegará á ser, siempre se nos pudiera decir con razon: *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem revertetur.*

Ultimamente nos enseñan, que por arraygada que esté nuestra soberbia, de nosotros depende el hallar nuestra humillacion en nosotros mismos: *Humiliatio tua in medio tui*; (c) pues esta parte de nosotros mismos que tanto nos dá que hacer, y de que somos tan idólatras, este cuerpo no es en rigor sino lo mas vil de quantas cosas tienen ser, materia de corrupcion, y segun la expresion de Tertuliano, un poco de lodo con figura de hombre: *Limus titulo hominis incisus*. ¿Pues es razon, que el polvo y el lodo se engria de lo que es, y por la malicia del pecado se rebelé contra aquel Señor que animándole con su aliento le elevó por su misericordia á ser mas de lo que era? *Quid superbit terra, & cinis?* Mas sobre todo debe servirnos de leccion continua la muerte que tenemos continuamente á los ojos: pero porque sucede, como muy bien lo notó el Christostomo, que todos los hombres ven la muerte, mas son pocos los que tienen el dón de entenderla: *Mortem omnes vident, pauci intelligunt*; la Iglesia une con esta vista de la muerte la práctica de las Cenizas que nos pone á los ojos, las quales consagradas por las ora-

(a) Job. 13. v. 12. (b) Ezech. 28. v. 18. (c) Mich. 6. v. 14.



ciones de sus Ministros, tienen una gracia especial para hacer que entren en nuestros corazones estas importantes verdades: *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem reverteris.*

Mas me preguntaráis: ¿por qué se nos ponen las Cenizas en la cabeza y en la frente? Este es otro mysterio facil de descubrir, y será de edificación á vuestra piedad. Se nos ponen las Cenizas en la cabeza, que es el asiento de la razon, para darnos á entender que el asunto mas frecuente de nuestras reflexiones y consideraciones en la vida debe ser la muerte, y sus conseqüencias. Esto es lo que se nos dá á entender quando nos dicen: *Memento.* Acordaos de eso, y no lo olvideis jamás; porque en efecto nos sirviera de poco estar convencidos de que somos mortales, si por medio de un pensamiento vivo y de una memoria frecuente no nos fuera esta persuasion en que estamos un manantial de sabiduría, ni produjera en nosotros la disposition de humildad, que es yá principio de la penitencia.

Estambien la memoria de la muerte la que siempre ha contenido á los hombres en los terminos de lo justo, y los ha puesto á pesar de las rebeliones de su soberbia en una como necesidad de ser humildes. De ahí nace, dice San Geronimo (y no será esto digresion, ó por lo menos no será digresion que os canso y os moleste) de ahí nace que en todas las Naciones, no solamente Christianas, sino aun barbaras, fue siempre la memoria de la muerte y el uso de las cenizas, una de las mas principales circunstancias de las pompas mas solemnes, y de las ceremonias mas augustas. Los Griegos, como refiere el Cardenal Pedro Damiano, despues de haber coronado á sus Emperadores, los ponian delante un vaso lleno de huesos y de cenizas, para advertirlos que la dignidad que acababan de recibir no los hacia esentos de la muerte. Los Romanos en sus triunfos hacian que fuese un pregonero detrás del vencedor, para decirle á voces enmedio de los públicos aplausos, que era hombre, y estaba sujeto á la muerte. En la ley antigua el Sumo Sacerdote se purificaba con ceniza, quando habia de

de entrar en el Santuario; y aun ahora en la consagracion de los Papas se le pasan delante de los ojos al nuevo Pontifice unas estopas ardiendo, para darle á entender que del mismo modo se pasa la gloria del mundo, y que la Tiara no le quita el ser tributario de la muerte: como si los mismos hombres hubieran reconocido, que al paso que el mundo ó la providencia los exalta, tienen necesidad de un contrapeso que los humille. De ahí nace que los mas barbaros pueblos tuvieron por una especie de obligacion el conservar las cenizas de sus mayores. Estas cenizas los hacian ver en lo que al fin habian de parar; y esta memoria naturalmente los hacia humildes, en el mismo sentido que nuestra alma (segun el lenguaje de Tertuliano) es naturalmente Christiana. Estas cenizas les bastaban para decirse á sí mismos, si se sentian apasionados ó preocupados: *Memento homo, acuerdate hombre, y humillate; acuerdate, y moderate; acuerdate y desengañate.* De ahí nace que Moysés al salir de Egypto, en lugar de llevar consigo los ricos despojos de los Egypcios, como los demás Hebreos cuyo conductor era, se contentó con llevar las cenizas del Patriarca Joseph; juzgando que no podia domar y sujetar mejor al imperio de Dios aquellos espiritus fieros é indóciles, que mostrandoles las cenizas de este hombre grande, de cuya descendencia se preciaban. De ahí nace que habiendolos Israelitas vuelto á Dios las espaldas en el desierto, quando con una escandalosa rebelion adoraron el becerro de oro en ausencia de Moysés, le quemó, le reduxo á polvos, y les hizo beber las cenizas para confundir su idolatría, haciendoles ver la vanidad de su idolo. De ahí nace que algunos Principes Christianos con una práctica muy santa, aunque no haya sido de la aprobacion del mundo, para formar una idea mas viva de la muerte, no contentandose con meditarla, quisieron hacersela á sí mismos sensible y palpable; y asi algunos viviendo aún, hicieron colocar en su Palacio el féretro destinado para su sepultura; otros guardaron entre sus muebles mas preciosos una calavera que parece les repedia sin cesar: *Memento homo, quia pulvis es,*

*Et in pulverem reverteris.* Excelente devocion para los Grandes del mundo, que enmedio del lustre de su estado, deslumbrados con la pompa que los rodea, casi no pueden llegar à ser humildes sino en fuerza del pensamiento y memoria de la muerte.

Pues en habiendo la humildad tomado posesion de un corazon, sea en los grandes, sea en los pequeños, es cosa facil hacer que entre en él la compuncion y la penitencia. ¿Por qué? No solamente por haberse quitado el principal estorbo de la penitencia: quiero decir, este fondo de presuncion y soberbia con que nacemos, sino porque examinando bien las cosas, es la humildad la parte mas esencial de la penitencia de un pecador. Porque desde que estoy dispuesto à humillarme, desde ese punto lo estoy para acusarme, condenarme, y castigarme à mí mismo; desde ese punto estoy en parage de buscar à Dios, de implorar su misericordia, de satisfacer à su justicia, y de sujetarme al yugo de su ley, que son las disposiciones mas necesarias para la penitencia Christiana. Y por eso la Iglesia, despues de habernos hecho considerar dos suertes de cenizas, la de nuestro origen, y la de nuestra corrupcion futura: *Memento homo, quia pulvis es, Et in pulverem reverteris*; la primera que nos enseña que no somos sino nada, y la segunda que nos dice que somos aun alguna cosa menos, ò por mejor decir peor que la nada, pues no somos sino pecado; despues, digo, de habernos puesto à los ojos estas dos cenizas, aun nos pone otra tercera à la vista, que tiene una perfecta correspondencia con la una y con la otra, conviene à saber, la ceniza de la penitencia.

Porque quando el pecador recibe hoy de manos del Sacerdote la ceniza, que le pone à la vista, ¿qué es lo que hace? Aprended, amados oyentes mios, à cumplir como Christianos con esta obligacion christiana, ¿Qué hace el pecador convertido, quando recibe esta ceniza consagrada à la penitencia? Es como si le dixera à Dios; si Señor, yo quiero desde ahora hacer con el espiritu lo que Vos hareis muy presto realmente y conefecto. Vos habeis resuelto reducirme un dia à ceniza en castigo de mi pecado; y yo

ven-

vengo à hacer desde hoy el ensayo de esta pena; y yo prevengo el decreto de vuestra justicia, y desde ahora le executo. Estas cenizas, segun el orden de vuestros divinos decretos, deben ser una parte de la satisfaccion y de la venganza que quereis tomar de mí. Empezad, Señor, sin aguardar à mas, à satisfaceros y à vengaros; aqui estoy y à cubierto de ceniza. Es verdad que estas no son aun las cenizas de la muerte, pero à lo menos son las cenizas de la penitencia, que es una especie de muerte mucho mas eficaz para ablandaros y apaciguaros que la misma muerte. Aplacaos pues, mi Dios, al ver estas cenizas, que son unas señales exteriores de la humillacion y concontricion de mi alma, y haced que la penitencia haga con Vos el buen oficio de anticipar en mí el efecto de la muerte; es decir, de sujetarme voluntaria y libremente à vuestra justicia adorable, antes que la muerte me sujete à ella por aquella inevitable necesidad, cuya memoria, aunque amarga, me es tan provechosa: *Memento homo, quia pulvis es, Et in pulverem reverteris.*

Veis ahí, Christianos, los sentimientos que un alma verdaderamente penetrada concibe el dia de hoy al pie de los altares; y siempre se debe conocer, que esta memoria de la muerte es un medio admirable para disponer à la penitencia los pecadores mas soberbios. En efecto, vemos que este medio manejado con prudencia y con vigor ha hecho tales mudanzas en algunas ocasiones, que parecieron milagros de la gracia. ¿No fue este el modo con que San Ambrosio domó, si puedo decirlo asi, la fiera de Teodosio, con que despues del sangriento suceso de Tesalónica le reduxo al orden de la penitencia, y de la rigurosa disciplina que se observaba entonces en la Iglesia? Puede ser, le dixo, Emperador (por que esta es la adyentencia que le dió, referida por Teodoro; no añadiré nada à sus palabras, ni hago mas que traducirlas pura y fielmente) Puede ser, Emperador, que ese soberano poder que exercitais en el mundo, como una niebla densa obscurezca vuestro entendimiento, y haga que no veais la enormidad de vuestro delito. Mas para desvanecer este nu-



blado, considerad el principio y el fin de toda vuestra grandeza: es decir, considerad aquella ceniza de que fuisteis formado, y en que muy presto habeis de parar, y con eso no hay cosa que no me prometa de vuestra piedad. Confesad que aunque estais sentado sobre el trono, sois hombre lleno de miserias, y sujeto à la muerte. Confesad que esos hombres que os reverencian, y tiemblan delante de Vos, son de vuestra misma naturaleza; y pues sois hombre mortal y pecador como ellos, pensad como ellos en humillaros delante de la Magestad de aquel Dios, en cuyos ojos no tenéis que esperar gracia, si no os dais prisa para apartar de Vos su indignacion con el llanto y con la penitencia. Estas palabras movieron à Teodosio. Postróse à los pies de San Ambrosio, lloró su delito, le detestó, y aun con ser Emperador hizo la mas exemplar y edificativa penitencia. ¿ Por qué? Porque se le dió à entender lo que era, y lo que algun dia habia de ser: *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem revertetur*. Pues si se practicára lo mismo con los Grandes del siglo que viven desenfadadamente, y se les repitiese con frecuencia, que han de morir; que es sentencia sin apelacion la que los condena à la muerte; que mientras abusan de los bienes de la vida, y se dexan arrebatar del torrente de sus pasiones, la muerte se adelanta à largos pasos; que no tendrá ningun respeto al fausto que los acompaña, antes la suerte infalible que los aguarda, es la ultima de todas las humillaciones, que consiste en convertirse en polvo y en ceniza; y que al mismo tiempo que la muerte executará en ellos todo el rigor de su ley, los llevará delante de aquel Juez formidable que ha de dar à cada uno segun sus obras: si los que andan cerca de ellos los hablarán con frecuencia asi, por mas endurecidos que los imaginemos en el pecado, pensarán en su conversion. Lo que los detiene en la impenitencia es un olvido profundo de esta grande e importante verdad. Es que en lugar de hablarlos de su miseria y de su flaqueza, no se les habla sino de su grandeza y de su poder. Es que en lugar de hacerlos que se acuerden de la muerte, se les lisongea sin cesar con una imaginaria in-

mor-

mortalidad de gloria. Es que en lugar de decirlos que son hombres, casi se les quisiera hacer creer que son Deydades.

Pero no es ahora el asunto sola la conversion de los Grandes; se trata, amados oyentes míos, de la vuestra y de la mia, que por ventura no es menos dificultosa, ni está menos lexos: el ser poco en el mundo no hace esentos de la infeccion de la soberbia, y la soberbia en una suerte mediana es aun (segun las Escrituras) mas reprobada de Dios. No obstante, Christianos, es este muchas veces nuestro carácter, y ved ahí el espantoso desorden que debe el dia de hoy confundirnos. A pesar del anonadamiento, por decirlo asi, à que nos reduce la muerte, y de la confesion pública que de él hacemos en la ceremonia de las cenizas, no dexamos de estar llenos de nuestra propia estimacion, ni de estar tenazmente asidos à nuestro amor propio, haciendo necedades, y perdiendo el juicio por estar embriagados de él, à pesar del cuidado que pone la Iglesia en traernos à la vista, y de imprimir en nosotros vivamente estas verdades, que al mismo tiempo que mortifican segun el hombre, vivifican segun Dios; ni estamos muertos ni despegados de nosotros mismos. Dios, dice el Profeta Rey, nos humilla en ese lugar de afliccion, cubriendonos con la sombra de la muerte: *Humiliasti nos in loco afflictionis, & cooperuit nos umbra mortis*; (a) pero trastornando nosotros los designios de Dios, quanto mas humillados estamos, menos humildes somos; quanto mas nos cubre la sombra de la muerte, menos nos convierte su memoria. ¿ Quántos Christianos hipócritas, (por qué he de temer el qualificarlos asi, quando veo una oposicion monstruosa entre lo que profesan en lo exterior, y lo que ocultan en el alma?) quántos Christianos, y por ventura entre los que me escuchan, han tomado la ceniza de la penitencia con unos corazones llenos de ambicion, vanos, endurecidos, incircuncidados, y rebeldes al

G 2

Es-

(a) Psalm. 43. v. 20. (4)

Espíritu Santo? ¿Pues esto no es una grosera hipocresía? ¿Quántas mugeres dadas al mundo y llenas de vicios se han llegado à los altares para tomar esta ceniza? Pero han llegado à ellos con todas las señales de su vanidad, con toda la ostentacion de su profanidad, y con toda la hinchazon de su soberbia, que es inseparable de lo primero. ¿Pues con estas disposiciones han tenido el espíritu de la penitencia? Y no habiendo tenido mas que las apariencias de ella sin el espíritu, ¿no entran en el numero de los hypocritas, que el día de hoy condena el Hijo de Dios en el Evangelio? No obstante me direis, que son mugeres ajustadas; y por lo demás, exceptuando esa vanidad de que están poseidas, irreprehensibles en su porte: pero, Christianos, ¿hemos de hacer siempre juicio de las cosas segun las falsas idéas del mundo, y nunca segun las máximas puras de la ley de Dios? ¿Llamais mugeres ajustadas à las que no tienen otro principio de todas sus acciones que el amor propio? ¿Llamais irreprehensibles à las que no quisieran estar en el mundo; sino para ser adoradas è idolatradas en él? ¿Llamais una pura vanidad la que excluye y destierra del alma dos virtudes tan necesarias para la salvacion, como la humildad y la penitencia? Tierra, tierra, decía el Profeta, oye la voz del Señor: *Terra, terra, audi vocem Domini*: Es decir; pecadores, que formados de tierra, os habeis de volver muy en breve à su seno; los que no obstante eso os olvidais de lo que sois, y vivis con sosiego en el estado de vuestra culpa, escuchad à Dios que os habla por mi boca, y no menospreciéis su voz. Para llevar frutos dignos de penitencia, humillaos debaxo de su mano omnipotente: *Humiliamini sub potentiam Dei*, (a) y no sea esta humillacion exterior y superficial, sino que penetre hasta lo interior de vuestras almas. Romped vuestros corazones, y no vuestros vestidos: *Scindite corda vestra, & non vestimenta vestra*: (b) no seais como aquel que el Espíritu Santo reprueba con estas palabras;

*Est*

(a) 1. Pet. 5. v. 6. (b) Joel 2. v. 13.

*Est qui nequiter se humiliat, & interiora ejus plena sunt dolo*. Uno se humilla en la apariencia, y su corazon está lleno de mentira y de artificio. Otro toma la ceniza de la penitencia, y debaxo de esta ceniza, y como si hiciera penitencia, fomenta la soberbia de un demonio. Otro dice: yo soy polvo, y seré polvo; pero quisiera si le fuera posible elevarse como Lucifer sobre los Cielos. Preservémos de esta maldicion con la humildad y sinceridad de nuestra conversion. Esto es lo que la voz de Dios os dá à entender. Escuchadla y respetadla: *Terra, terra, audi vocem Domini*. Tambien os dice, que sobre el sacrificio de vuestros espíritus por la humildad, pide la penitencia el sacrificio de vuestros cuerpos por la mortificacion; y nada os facilitará mas este segundo sacrificio, que la memoria de la muerte, y la vista de las cenizas. Esta es la segunda parte.

## II. PARTE.

Es una ilusion de que siempre se ha querido valer el espíritu del mundo (este espíritu digo de delicadeza) creer que la penitencia es una virtud interior puramente, y que exercita su imperio sobre las potencias espirituales de nuestra alma; que se contenta con mudar el corazon; que solo hace guerra à nuestros vicios y pasiones, y puede practicarse solidamente sin que tenga la carne que sentir, y sin que le cueste nada à este hombre exterior y terreno, que es una parte de nosotros mismos. Si esto fuera así, dice San Juan Chrysostomo, se debieran quitar de la Escritura libros enteros, en los quales el Espíritu Santo ha confundido en este punto la prudencia de la carne con testimonios, no menos contrarios à nuestro amor propio, que la verdad al error. Fuera preciso decir, que San Pablo no lo entendia, y que concebía mal la penitencia christiana, quando enseñaba que debe hacer de nuestros cuerpos unas hostias vivas: *Exhibeatis corpora vestra hostiam viventem*: (a) quando queria que llegase esta virtud hasta crucifi-

(a) Rom. 12. v. 1.



ficar la carne: *Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, & concupiscentiis*: (a) quando encargaba à los fieles, ò por mejor decir, les imponia la ley de llevar real y sensiblemente en sus cuerpos la mortificacion de Jesu-Christo: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes*: (b) y en fin, quando por darles exemplo, él mismo castigaba su cuerpo, y le ponía en servidumbre: temiendo, añadía el Apostol, llegar à ser réprobo por no practicar la penitencia, despues de haberla predicado à los demas: *Castigo corpus meum, & in servitutem redigo, ne fortè cum aliis prædicaverim, ipse reprobus efficiar*. (c)

Sé que la heregia con su imaginaria reforma no ha podido acomodarse à estas prácticas exteriores, y que despues de haber destruido la penitencia según sus partes mas esenciales, quitando la confesion, y aun la contricion del pecado, ò à lo menos no creyendolas necesarias, ha hallado tambien medio para suavizarla, condenando como inútiles las obras satisfactorias, destruyendo el precepto del ayuno, y calificando de faltas de juicio y de necesidades todos los rigores de los Santos. Pero basta que sean enemigos de la Iglesia los que lo han juzgado así, para no seguir una doctrina tan capáz de engañar las almas y corromperlas. No Christianos, de qualquier modo que lo entendamos, no puede haber verdadera penitencia sin la mortificacion del cuerpo; y mientras nuestros cuerpos despues del pecado se quedaren sin castigo, mientras no se sujetaren à las penalidades que sin zelo santo de vengar à Dios nos obliga à imponerles, jamás nuestros corazones estarán bien convertidos, ni Dios se dará del todo por satisfecho. Despues que el Salvador del mundo hizo penitencia por nosotros à costa de su cuerpo adorable, es imposible, dice San Agustin, que nosotros la hagamos de otro modo. Es necesario que cumplamos en nuestra carne lo que falta (por un secreto admirable de la sabiduría de Dios) à las sa-

tis-

(a) Galat. 5. v. 24. (b) 2. Cor. 4. v. 10. (c) 1. Cor. 9. v. 27.

tisfacciones y à los tormentos de nuestro divino Mediador. Pues es nuestra carne, como dice San Pablo, donde reyna el pecado, en ella debe reynar la penitencia; porque debe reynar en todo aquello en que reyna el pecado. Nuestros cuerpos con un infeliz contagio, y por la estrecha union que tienen con nuestras almas, se hacen cómplices del pecado, son instrumentos del pecado, y muchas veces el origen y causa del pecado; tanto, que no teme el mismo Apostol llamarlos cuerpos del pecado: *Corpus peccati*; como si el pecado estuviera en efecto incorporado en nosotros, y como si nuestros cuerpos fueran substancias del pecado por sí mismos: de esta expresion antiguamente abusaban los Manichéos; pero solamente significa en sentido catholico unos cuerpos sujetos al pecado, unos cuerpos que son causa de que el pecado tenga subsistencia, y en que el pecado habita. Nuestros cuerpos, digo, tienen parte en el pecado: luego es razon que tengan parte en la satisfaccion y en el remedio del pecado, que se debe hacer por medio de la penitencia. Aunque la virtud y el merito de la penitencia consiste en la voluntad, el exercicio y uso de la penitencia en parte debe consistir en la mortificacion del cuerpo: y qualquiera que discurrirre de otra suerte se engaña, y anda descaminado. Esta es, amados oyentes míos, la disposicion en que nos debemos poner el día de hoy, si queremos aprovecharnos de la gracia que Dios nos ofrece en este santo tiempo de abstinencia y de ayuno.

Pero à esta ley de penitencia establecida así, se opone otra ley que llevamos en nosotros mismos, y es el amor desordenado de nuestros cuerpos. Amor (imponenos bien en sus progresos para evitar su desorden y corrupcion) amor de todo lo que nos parece necesario, ò por mejor decir, de todo lo que una concupiscencia ciega nos representa como necesario para sustentar nuestros cuerpos; amor de todas las conveniencias que con tanta ansia solicitamos, y son tan conformes à los apetitos de nuestros cuerpos; amor de las delicias de la vida, que con su superfluidad y sus excesos muchas veces enflaquecen, ò destru-

yen tambien nuestros cuerpos; amor de los gustos vedados y de los deleytes ilícitos que los manchan. Porque estos son los pasos ( confesémoslo delante de Dios, Christianos, y aprendamos por lo menos à conocernos por lo mas grosero que hay en nosotros ) estos son los pasos de un alma que se desenfrena, haciendose esclava de su cuerpo. No pasa desde luego à cometer el delito, sino con pretexto de mantener el cuerpo, y de proveer sus necesidades; de lo necesario se pasa à lo que es conveniencia, y de lo que es conveniencia à lo superfluo, y de esto à lo ilícito: como la penitencia, dice San Gregorio Papa, que tiene por fin sujetar y mortificar el cuerpo con disposicion totalmente contraria, al principio nos hace renunciar lo ilícito, que nosotros mismos reconocemos por tal; despues, al paso que nos adelantamos en sus caminos, nos vá acortando lo superfluo, que era licito à nuestro parecer; despues nos priva tambien de lo que sirve à la conveniencia, sin lo qual juzgábamos que no podíamos pasar; ultimamente nos quita, no lo necesario, sino la demasiada aficion y cuidado de ello. Excelente idea de la penitencia, y de sus diversos grados. Si hay entre ellos alguno tan elevado, que no se atreva aun nuestra flaqueza à esperar conseguirle, à lo menos no le ignorémos, y tengamos deseo de llegar allá. La penitencia nos hace renunciar lo ilícito; quiero decir, los deleytes impuros que la ley divina nos prohíbe; porque no hay pecado mas opuesto à la santidad de Dios, ni mas incompatible con su espíritu, que la impureza: *Non permanebit Spiritus meus in homine in æternum, quia caro est.* (a) Ella nos quita lo superfluo; es decir, los regalos de esta vida; porque no hay cosa mas dificultosa de concordar que una vida delicada, y la inocencia de las costumbres; y esta inocencia, dice Job, no se halla en los que no piensan sino en satisfacer sus sentidos: *Non invenitur in terra suaviter viventium.* (b) Ella nos priva de lo que sirve à la comodidad; es decir, de las con-

(a) Genes. 6. v. 3. (b) Job 28. v. 13.

veniencias de la vida, que aunque permitidas absolutamente, no dexan de fomentar la rebeldia de la carne. Ella nos quita tambien la atencion à cuidar de lo necesario; porque en la doctrina de las costumbres es un punto desconocido de los Santos el pretender no sufrir nada, no escasearse nada, no tener falta de nada, y no obstante hacer penitencia. Pero esto que los Santos no entendian, ha venido à ser uno de los secretos de la devocion del siglo. Porque se puede decir, que en ningun siglo se ha hablado con mas ostentacion de una penitencia severa que en el nuestro; pero en ninguno se han adelantado mas en la práctica las sutilezas en todo lo que se llama vida deliciosa. ¿No llega à veces la ceguedad à tener por especie de obligacion el condescender con su cuerpo? ¿No llega hasta hacer que se persuada un hombre, que es necesario en el mundo, y que esta es una razon superior para eximirse de las leyes mas comunes de la mortificacion christiana? No obstante, dixo el Apostol, y ello es verdad, que la penitencia para ser perfecta, debe estenderse hasta el odio de sí mismo: y que no se puede reparar bien el pecado, sino crucificando esta carne de pecado, que es enemiga de Dios: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt.* (a)

¿Y qual es el medio de llegar aqui? Acordémonos de la muerte, y consideremos las cenizas que nos ponen hoy sobre las cabezas, y esto basta: *Memento.* Pensemos que es necesario morir, y familiarizémonos con el *Memento.* Entremos con serias y sólidas reflexiones en el misterio de estas cenizas: *Memento,* y nunca prevalecerá contra la mortificacion el espíritu de la delicadeza.

Si Christianos; la memoria de la muerte os despertará poco à poco, aun à pesar de vosotros mismos, del amor de vuestros cuerpos. ¿Cómo será esto? Haciendoos conocer vuestra ceguedad y vuestra injusticia en esta materia. Vuestra ceguedad: porque decid si hubo jamás ceguedad mas deplorable, que la de idolatrar en un cuerpo que es

Tom. II. de Quaresma. H poi-

(a) Galat. 5. v. 24.



polvo y corrupción; un cuerpo destinado á ser manjar de gusanos, y que muy presto será en la sepultura el horror de toda la naturaleza. Pues ese es el paradero de todos los deleytes de los sentidos; á esto se reducen todas aquellas prendas exteriores de hermosura, de sanidad, de color, y buena disposición de cuerpo, que os hacen desatender las gracias mas preciosas de la salvacion. Esto es á lo que van á parar: en un cuerpo que empieza ya á deshacerse, y dentro de pocos dias no será mas que un cadáver horroroso, cuya vista será insufrible. Ah! amados oyentes míos; ¿qué indignidad, que un alma Christiana capaz de poseer á Dios ponga su aficion en cosa tan despreciable! Vosotras especialmente, Señoras con quienes hablo, y tratais de virtud, ¿no debéis lamentaros de aquellas de vuestro sexo, que no parecen viven en el mundo, no tienen almas sino para servir á sus cuerpos? ¿Cuántas hay en la Christianidad unicamente empleadas en componerse, en cuidar de su hermosura, y en atender á su regalo? ¿Cuántas, si les fuera posible, hicieran de él un ídolo para el mundo, y hacen de él sin pensarlo una víctima del infierno? Pues si este cuerpo es una cosa tan vil y tan baja, ¿no es mas conforme al buen juicio despreciarle, donarle, sujetarle; y hacerle llegar el yugo de la penitencia? Por poco que consultemos con la razon y con la fé, ¿no debe uno avergonzarse de estudiar tanto en sus gustos, hacerse esclavo de sus apetitos, y darle infamemente quanto pide, y muchas veces mas de lo que pide?

Mas por otro lado; ¿qué injusticia la del amor desordenado de nuestro cuerpo si ponemos la vista en la muerte! Atended á estos tres pensamientos. ¿Qué injusticia respecto de un Dios eterno, amar sobre él un cuerpo sujeto á la corrupción, y amarle, como dice San Pablo, hasta llegar á hacerse de él una divinidad! ¿Qué injusticia respecto de nuestra alma inmortal, preferir un cuerpo que ha de morir, y aunque es inmortal, abandonar su felicidad y su gloria á los deseos asquerosos de una carne corruptible! ¿Qué injusticia, aun respecto del cuerpo mismo, ponerle por deleytes precederos á riesgo de unos tormentos

tos que jamás tendrán fin, y hacerle comprar un momento de gusto á costa de una eternidad de penas! Ah! hermanos míos ( exclama el Chrysostomo, haciendo una suposicion que os cogerá de nuevo, pero no tiene en rigor cosa que no sea sólida y christiana) si el cuerpo de un condenado sepultado al presente en el seno de la tierra, pero para estar algun dia en el infierno, pudiera en el juicio de Dios levantarse contra su alma, y ponerla acusacion, ¿qué baldones no pudiera decirle por la cruel condescendencia que tuvo con él? Y si esta alma que se perdió por el amor excesivo que tuvo á su cuerpo, pudiera, quando digo esto, volver del lugar de sus penas á ver este cuerpo en la sepultura, ¿qué reprehensiones no se diera á sí misma por la aficion culpable que le tuvo? Digamoslo mejor, ¿qué baldones no se dixeran el uno al otro si Dios los confrontara? Permitted que me alargue en esto, pues por mas irregular y extraño que os parezca, os hará conocer mas vivamente la verdad que os predico. Alma infiel, dirá el uno, ¿de esta suerte habias de hacerme traycion? ¿Por hacerme feliz un momento me habias de precipitar en el abysmo de una condenacion eterna? ¿Convenia condescender vilmente con mis inclinaciones? ¿No debiais reprimir las? ¿No debiais tener imperio sobre mí? ¿Por qué no me condenasteis á los saludables rigores de la penitencia? ¿Por qué no me forzasteis á vivir según las reglas que Dios os obligaba á prescribirme? ¿No es este el fin porque me sujetó á vos? Pero cuerpo rebelde y sensual, ¿respondiera el alma, ¿á quién sino á tí he de imputar mi perdicion? Yo no te conocia, yo me dexaba engañar de tus alhagos, porque no pensaba en lo que habias sido, ni en lo que habias de ser. Si hubiera yo tenido á la vista el horroroso estado á que la muerte habia de reducirte, no hubiera usado contigo sino desprecios, y en aquella compañía en que estábamos unidos te hubiera mirado como compañero de mis miserias, ó por mejor decir, como cómplice de mis delitos, y obligado por eso mismo á partir conmigo los castigos y las penas.

A la verdad, Christianos, esto es lo que en todos tiempos

pos ha producido en las almas bien convertidas, no solamente el desprecio heroyco, sino el odio santo de sus cuerpos: esto es lo que ha obrado en la Christiandad tantos milagros en la conversion de las almas. No hubo menester mas un San Francisco de Borja para determinarse á dexar el mundo. La vista del cadaver de una Reyna y Emperatriz, que tuvo orden de hacer enterrar solemnemente, y casi no reconoció al entregarla que era ella misma, segun se le representó de horrorosa y desfigurada, fue el espectáculo que acabó de persuadirle. No pudo ver aquella belleza, que la muerte con tan repentina y prodigiosa mudanza habia destruido, sin formar la resolucion de morir á todas las vanidades del siglo. Al herir sus ojos la imagen de la muerte, hizo nacer en su corazon todos los sentimientos de la penitencia. ¿Pues por qué (se dixo á sí mismo, y se dixeron otros Santos como él) por qué se ha de tratar con blandura á un cuerpo condenado á muerte? Quando á un reo se le ha intimado su sentencia, yá no se trata de su regalo; si es necesario mantenerle por algunas horas, contentase con darle lo necesario, y no se piensa en conservarle la vida, sino para que sienta mas los rigores de la muerte. Pues estas es la suerte de nuestros cuerpos. Son unos reos que la justicia divina ha condenado. La sentencia está dada yá, y no se dilata la execucion sino por algunos dias; mas se executará muy presto. No hay que tratar yá de solicitarles regalos, ni condescender con ellos, sino de mantenerlos segun el orden de aquella justicia rigurosa á que Dios los ha entregado; es menester que empiezen á ensayar la muerte con la práctica de la penitencia, para preservarlos de aquella segunda y postrera muerte mucho mas terrible que la primera, pues es una muerte eterna. Asi discurre un pecador penitente: *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem revertetur.*

Pero es mucho mas vivo este odio de su cuerpo, quando este pecador llega á profundizar en el mysterio de las Cenizas que la Iglesia le pone á los ojos, y subiendo mas alto y hasta las mismas fuentes de su fé, busca el origen de una práctica tan santa; y piensa que estas Cenizas que en

una y otra ley fueron siempre symbolo de la penitencia, no son un symbolo vano ni una pura ceremonia: quando trae á su consideracion las austeridades y maltratamientos de la carne, con que debian acompañarse segun las leyes de la antigua disciplina: quando enseñado por los Profetas aprende, que el cilicio y el ayuno en la observancia comun de los fieles eran inseparables de la ceniza: *Accingere cilicio, & conspergere cinere, filia populi mei:* (a) quando advierte en los Concilios el rigor con que eran condenados á obras penosas y de trabajo aquellas suertes de penitentes, que Tertuliano llamaba *Concinerati, & reconciliati*, cubiertos de ceniza, aunque yá reconciliados. Porque al fin, un hombre tocado de la vista de sus delitos y del espíritu de la compuncion, debe el dia de hoy decir con amargura de su alma: aquellos penitentes de la Iglesia primitiva no estaban mas cargados de delitos, ni eran mas pecadores que yo, y las cenizas que les ponian no eran en ellos mas estrecho empeño de hacer penitencia, que lo deben ser para mí. Luego sería cosa muy estraña, que yo usára de ellas de diferente manera, y que habiendo sido esta ceremonia respecto de ellos un exercicio de mortificación, y de una mortificación la mas verdadera y rigurosa, no fuera para mí una apariencia, y una sombra de ella solamente. Fuera cosa muy indigna, despues de haber tomado estas Cenizas, pensar aun en los divertimientos y alegrías profanas del mundo, y como decia un Solitario, buscar los regalos de la vida aun en las cenizas de la penitencia.

Porque aunque no estemos en aquellos primeros siglos, en que los pecadores compraban á tanto precio la gracia de la absolucion y de su reconciliacion, no estamos menos obligados á satisfacer á Dios. La Iglesia ha podido suavizar los rigores que habia ordenado para cada especie de culpa: pero no ha disminuido los que el derecho divino ha señalado; y el mismo Dios nos asegura, que en ese

(a) Jerem. 6. v. 26.



punto jamás cederá sino á favor de la penitencia. Luego es necesario que la penitencia sea con la que yo cumpla con Dios. Y como en este punto se trata de sus intereses, que ahora ò despues de la muerte han de quedar enteramente satisfechos, me es necesario tomar el mejor partido, y librarme con la penitencia de esta vida, de la penitencia de la otra. Es necesario que imponiendome penas voluntarias, privandome de ciertos gustos, aunque sean licitos, haciendome algunas violencias, reduciendome à una vida mas exácta y ajustada, y uniendo mi penitencia con la de Jesu-Christo, prevenga los castigos espantosos que reserva Dios á los que reusan el castigarse á sí mismos. Ah! mi Dios, que adorable es vuestra misericordia en daros por satisfecho con este precio, y en dignaros de aceptar lo uno en trueque de lo otro, y perdonarnos de este modo una penitencia eterna por una penitencia temporal!

Concibamos, amados oyentes míos, unos sentimientos tan puestos en razon; y estos son los que la ceremonia de las Cenizas nos debe inspirar. Si entramos en esta Quaresma bien penetrados de estas verdades, no nos será el ayuno un yugo muy pesado, como lo es para los Christianos de poco espíritu; y mucho menos, motivo de escándalo y de culpa, como lo es para los licenciosos. Le emprenderemos con alegría, le continuaremos con fervor, y le acabaremos con constancia. Teniendo por dicha hallarnos constreñidos con un precepto á lo que por otra parte nos es tan util y necesario, no mostraremos tanta delicadeza; antes por poco dispuestos que estemos á hacernos justicia, confesaremos, que si el ayuno nos parece imposible, esta imposibilidad imaginaria no es mas que un puro pretexto de nuestra voluntad. No discurrirémos tanto sobre nuestra salud y temperamento, sino nos acordaremos que somos hijos de la Iglesia, y pecadores delante de Dios: hijos de la Iglesia, y por consiguiente debemos obedecerla; pecadores delante de Dios, y por consiguiente debemos aplacarle. Porque esto es, dice San Bernardo, de lo que hemos de dar cuenta á Dios, ó de lo que debemos darnos cuenta á nosotros mismos. pe-

peto á nuestro estado y á nuestra profesion, que á nuestra complexion y á nuestras fuerzas: *Non de complexionē judicandum, sed de professione.* No nos valdremos de una ligera indisposicion para quebrantar el ayuno; pues segun esta regla la ley del ayuno se convirtiera en una ley chymérica, y no hubiera en la Christianidad persona que no estuviese esenta de ella. Tampoco temerémos nuestra incomodidad al observarle; porque si el ayuno no nos hubiera de incomodar en nada no sería lo que debe ser. No pidieramos dispensaciones falsas, estando persuadidos á que no se engaña á Dios; y no siendo recibidas y aprobadas de Dios son del todo inútiles las dispensaciones de los hombres. Estuvieramos tan lexos de quejarnos de que la Iglesia estableciendo el ayuno de la Quaresma, ó proponiendonos, y explicandonos este precepto, como es mas verisimil, nos haya pedido demasiado que antes nos admirariamos de la condescendencia que ha tenido con nosotros, y nos avergonzariamos de que nuestra floxedad la haya de algun modo reducido á tratarnos con tanta blandura. No solo esto, antes despues de haber cumplido lo que la Iglesia nos manda en el precepto del ayuno, no juzgarémos que por eso hemos satisfecho el precepto natural de la penitencia. Harémos cuenta de que lo que la Iglesia ha dispuesto, no nos exime de lo que dexa por lo demás á nuestra prudencia y á nuestro fervor. Y de este modo el pensamiento de la muerte y la vista de las Cenizas servirá para humillar nuestra soberbia, y para mortificar nuestra delicadeza; la humildad nos conducirá á la verdadera gloria, y la penitencia al soberano bien que yo os deseo, &c.